


Moritz Huber

141

## LA ESTRATEGIA DEL OSO POLAR

Cómo llevar adelante tu vida  
pese a las adversidades

Crecimiento personal  
COLECCIÓN

*Serendipit* 

Desclée De Brouwer 

# ÍNDICE

1. Si la vida te ha jugado una mala pasada... ..	9
... acepta tu pasado	
2. Si los demás tienen la culpa... ..	25
... no te percibas a ti mismo como una víctima	
3. Si tu vida no puede continuar así... ..	35
... asume que cambiarla es responsabilidad tuya	
4. Si te sientes completamente solo... ..	47
... busca amigos o aliados	
5. Si los obstáculos parecen infranqueables... ..	61
... confía más en ti mismo	
6. Si vas por el buen camino... ..	73
... disfruta de tu éxito	

# 1

## SI LA VIDA TE HA JUGADO UNA MALA PASADA...

Un viernes por la mañana, los doce empleados de una librería se reunieron a la entrada del zoológico con motivo de una excursión de empresa. El propietario del negocio, Friedrich Spät, había contratado a dos eventuales para que realizaran el inventario anual, y la librería iba a permanecer cerrada al público durante el resto del día.

Todos los miembros del equipo se regocijaban ante la perspectiva de un día de asueto, pues dejaban a sus espaldas semanas y meses de trabajo agotador. Friedrich Spät era dueño de la librería desde hacía dos años. Sus anteriores propietarios habían perdido la esperanza de mantener a flote el negocio poco después de que una potente cadena de librerías abriera una sucursal en las proximidades de la tienda. Pero Friedrich Spät estaba firmemente convencido de que una pequeña librería podía subsistir junto a las grandes, y estimó que se le presentaba una excelente oportunidad para adquirir el negocio a buen precio. El



animoso librero había impulsado diversas reformas en el transcurso de aquellos dos años, pero ninguna de sus ideas parecía surtir efecto. Los empleados de la librería, que tras años de fatigas con los antiguos gestores habían depositado su confianza en el nuevo dueño, estaban ahora desalentados. Algunos de sus compañeros más competentes se habían despedido, dos de ellos incluso se habían pasado a la competencia con la esperanza de conseguir un puesto de trabajo más seguro. La moral del equipo antiguo estaba por los suelos, y los colegas de reciente incorporación asumían sus funciones en condiciones tan adversas que difícilmente podían sustraerse del abatimiento que se respiraba en el ambiente.

Friedrich Spät se había trazado el plan de retomar impulso, modificar sus estrategias y renovar la decoración y la oferta de la librería. Veía con claridad que el único modo de salvar el negocio era adoptar medidas drásticas, y mejorar el deplorable estado de ánimo de su equipo se contaba entre las más urgentes, pues ninguna de sus ideas daría frutos si sus empleados no colaboraban. Esa era la razón por la que había decidido organizar la excursión, ¿y qué mejor ocasión que el día del inventario anual?

Los libreros habían discutido durante semanas a qué dedicarían la jornada sin alcanzar un acuerdo. A unos no les hacía ni pizca de gracia participar en una excursión de empresa: pensaban que, salvo la librería, no había nada que los vinculara a sus colegas. Otros se afanaban por que los demás acogieran sus propuestas. Y el resto, convencidos de que nadie prestaría oídos a sus sugerencias, no tomaba parte en el debate.



Fue el jefe quien finalmente tomó una decisión: organizarían una visita guiada al zoológico. Si todo sale bien –se había dicho– quizás consiga distraerlos durante unas horas de sus preocupaciones cotidianas, que pasen un rato agradable juntos, y que surja entre ellos un verdadero sentimiento de equipo.

Spät, por lo demás, sentía un vivo interés por el zoológico como empresa, pues era sabido de todos que desde hacía algún tiempo nadaba en la abundancia. Los directores habían invertido mucho dinero en nuevas instalaciones y servicios para los visitantes, dinero proveniente del nacimiento en el mismo zoo de un oso polar. El osezno había sido repudiado por su madre inmediatamente después de venir al mundo y criado con biberón por un cuidador. La historia había convertido al animal en una gran atracción, y la gente acudía de todas partes del mundo para verlo.

Un joven que se presentó como Henri Gutmann les dio la bienvenida en las taquillas e informó al grupo de que iba a ser su guía durante la visita. Henri era estudiante de zoología, y llevaba a cabo un estudio etológico cuyos resultados se proponía presentar como trabajo de fin de carrera. Como el joven zoólogo tenía que financiarse los estudios, también trabajaba como guía los días festivos y un día laborable a la semana. Su trabajo consistía en conducir a los visitantes por un circuito e instruirles sobre los animales. Por regla general, las visitas que Henri capitaneaba habían sido concertadas por grupos: familias, colegios, estudiantes, también empresas, y el muchacho observaba con mucho interés las diversas actitudes que adoptaba cada grupo ante la excursión. Unos no mostraban interés



por casi nada, otros hacían muchas preguntas y abrían con ellas conversaciones de lo más estimulantes. Hoy, como todos los días, acudió a la cita intrigado por cómo se desarrollarían los acontecimientos.

Apenas hubo saludado a los libreros, el joven se percató de que en aquel grupo no se apreciaba el alborozo que solía reinar en las excursiones de empresa. Solo veía caras largas y miradas recelosas. Pero aquella deliciosa mañana de enero el sol brillaba en el cielo, y Henri confiaba en que todos se relajarían mientras hacían la ruta de la hibernación. En aquella época del año la naturaleza tenía un encanto especial. El zoológico había sido diseñado a la manera de un parque natural, con pequeños bosques, arroyos que corrían por todo el recinto, y praderas que en los días soleados invitaban a hacer un alto en el camino para disfrutar del paisaje.

Con el fin de romper el hielo, Henri decidió preguntar por qué habían escogido el zoológico para hacer una excursión y qué esperaban de aquella visita. El jefe se apresuró a tomar la palabra sin esperar la respuesta de sus compañeros:

—Permítame que me presente primero: me llamo Friedrich Spät. Dirijo la librería en la que trabajamos los aquí presentes y, para serle franco, nos hace mucha falta un poco de distracción. Nuestro sector atraviesa una profunda crisis, y como podrá figurarse, nuestra librería no es una excepción. De ahí que también nos apeteciera –prosiguió sonriendo– conocer los detalles de una historia de éxito. Este zoológico ha prosperado formidablemente desde el nacimiento del oso polar. Ya me gustaría a mí



que le sucediera eso a nuestra empresa. Pero claro, ¿de dónde sacamos nosotros un osito polar?

Algunos se echaron a reír por cortesía, los demás clavaron la vista en el suelo.

Henri contestó amablemente:

—Si es así, yo puedo hablarles largo y tendido sobre el oso polar, y contarles cómo contribuyó al éxito del zoo. Mi trabajo de fin de carrera trata sobre el crecimiento de las crías en circunstancias especialmente adversas, de ahí que lleve seis meses estudiándolo. Es sorprendente lo mucho que se parece el crecimiento de los animales al de los seres humanos. Les propongo que me sigan por un circuito que desemboca en el recinto del oso, así podré contarles de camino cuán difíciles fueron sus primeros pasos en la existencia. Nuestro destino se ubica en el centro del zoológico. Si alguna de las especies que veremos de camino llama su atención no tienen más que decírmelo; contestaré con mucho gusto a sus preguntas.

Mientras caminaban, Henri Gutmann comenzó su relato.

—Hace tres años, en una gélida mañana de diciembre, vinieron al mundo dos oseznos en el recinto de los osos. Durante las horas anteriores al parto, la madre no había dejado de moverse inquieta de un lado a otro, también había dejado de comer. Las crías eran diminutas, no más grandes que un cobaya, ciegas, sordas y completamente indefensas. La osa sabía por instinto lo que tenía que hacer e intentó alimentar con su leche a las dos crías, pero al darse cuenta de que se negaban a mamar, se alejó enfurruñada de ellas.

